

Todos los vecinos colaboran con las obras

Por las mañanas cuando abro la persiana lo primero que hago es mirar calle arriba i abajo si ha llegado otro camión con estos palos metálicos. ¿Porqué? Pues, porque dichos palos son el indicador inequívoco de que se avecinan las obras. Desde que vivo aquí no hay día sin obras. Incluso diría que un día sin obras no hay día.

A mi me encanta observarlas. Primero montan el andamio y después vienen los taladros, las sierras, los generadores eléctricos y las gruas. Toda una maquinaria pensada para acabar con mi prejuicio de vivir en un país donde la gente no le gusta trabajar y está de fiesta todo el santo día. Todo mentira.

Y no sólo hay obras en la calle. Hasta el abuelito de 80 años se pone a arreglar su piso los sábados y si estoy de suerte, la vecina de abajo se pone a taladrar los domingos después de volver de la iglesia aunque esté embarazada de 8 meses. En este país no existe el descanso.

Al contrario, este es un país trabajador por fuera y por dentro, yo doy fe de ello. Y con los años que llevo aquí descubrí el verdadero móvil de su frenética actividad inmobiliaria. A parte de hablar siempre con voz alta los españoles tienen un gran sentido de la belleza.

Nunca se cansan de mejorar el aspecto de sus viviendas, tanto por dentro como por fuera. Antes de pensar en operarse la nariz porque es muy pero muy fea prefieren invertir en la mejora del piso aunque nadie lo verá nunca, excepto los primos.

Todos los vecinos colaboran con las obras

Bueno, hay una cierta tendencia hacia un cambio. Pero de momento, como los pisos están hechos de blatur y materiales poco resistentes al tiempo no creo que la industria dermoestética se llevará el gato al agua. Tendrá que esperarse un tiempo más, como mínimo unos cincuenta años.

Hasta entonces el negocio más sólido de España siguen siendo las obras y las narices se quedarán tal cual como están.

Además, he descubierto que la construcción no sólo genera dinero y aumenta las ganancias de los bancos. Si esto fuera la única razón al menos mis vecinos no colaborarían. Hay algo mucho más importante. A causa de las obras la gente se conoce, se habla, con una palabra, las obras son la razón de su comunicación. Con el esfuerzo de cada día para poder pagar la hipoteca y a pesar de ella llegar al final del mes la capacidad comunicativa de los españoles estaba en peligro de extinción. Es gracias a las obras la gente ha vuelto a hablarse. ¿Qué sería una escalera sin reuniones interminables en la misma escalera charlando de las obras? (Ya les he dicho que no dejan entrar a nadie en sus casas, excepto a los primos).

¿De qué podríamos quejarnos, si no de las obras mal hechas? ¿Con quién podríamos entablar conversación sobre el tema de los paletas y quién trabaja mejor, un ruso o un marroquí?

A veces me pregunto que haría si alguna mañana me despierto y no hay obras en ningún sitio. La verdad es que ni quiero imaginarmelo. Sería terrible. Gracias a Dios y la especulación inmobiliaria estamos lejos de ello.

Hace años que cometí el error de comprarme un piso nuevo. Estoy contando los días que me faltan para poder comenzar con las reformas de verdad. Tengo que admitir que hice todo lo posible para acelerar el proceso.

De pronto una mañana me levantaré y observaré desde mi ventana el saco marrón (que en verdad es un saco blanco aunque llevarán el marrón en ello o el mamón, no sé distinguirlos muy bien) con los escombros procedentes de mi piso. Gozaré del sonido de taladros y sierras en mi propio piso, dulce ruido de que se extenderá por todo el edificio. Lo oyerán hasta las vecinas de la esquina. Y de pronto todo será diferente. Se olvidarán de sus malas lenguas y me mirarán con ojos de complicidad. Me preguntarán por los precios y como trabaja el paleta y si es ruso o marroquí. Por fin seré una de ellos. Y no cometeré el error de invitarles después de haber terminado con las obras. Invitaré a mis primos.